

# EL Atlante.

*Aquel pueblo es verdaderamente libre  
donde las leyes mandan y los hombres obedecen.*

SUSCRIPCION.

en esta Capital.

an mes..... 12 rs. vn.

N. 407.

Lunes 11 de Febrero de 1839.

EN LA PROVINCIA.

franco de porte.

un mes..... 14 rs. vn.

tres meses.... 40.

*S. Saturnino Presbitero.*

*Discurso del Sr. Guizot en la  
Cámara francesa.*

M. GUIZOT: Estoy seguro de que la Cámara no se admirará de que me haya apresurado á tomar la palabra; la situación es grave para todos, y es preciso que á lo menos no sea oscura para nadie. Tengo sed de una pronta claridad. (Oid, oid) Hace algun tiempo, señores, que la palabra *coalicion* resuena en mis oídos; si con ella quiere decirse que en esta Cámara hay hombres que piensan de diverso modo en otros puntos, pero que están igualmente convencidos de que la administración actual es funesta, especialmente funesta al país y al trono (reclamaciones en los centros), hombres igualmente convencidos, digo, de que la administración actual es funesta al país y al trono....

M. LEMERCER: Basta, basta.

M. GUIZOT: Tengo la honra de decir á la Cámara que yo medito las expresiones de que me sirvo, y que las uso, porque son las únicas que expresan debidamente mis ideas. (Muy bien) Decía que si se queria significar que hay hombres que obran con arreglo á esta común convicción, es cierto y soy de la misma opinión. Mas si á la palabra *coalicion* se quiere unir la menor idea de abandonar nuestros antecedentes y principios, nada es mas falso, y yo rechazo semejante pensamiento. Combato al ministerio con la oposición, mas no por eso dejo de pertenecer al justo medio, y mi primer cargo al ministerio es precisamente que desnaturaliza, desacredita y compromete la política del justo medio.

No sin sorpresa, señores, he visto y veo todos los días que las a-

cusaciones de que he hablado salen principalmente del gabinete, de sus amigos particulares y de sus conocidos órganos. Parece que se ha olvidado, por que se ha formado el gabinete actual, y que circunstancias acompañaron á su formación; se ha olvidado que apenas nacido vino á esta tribuna á abandonar lo que habia sostenido, á retirar lo que habia propuesto; á deshacer lo que habia hecho, y á buscar la aprobación y el apoyo de los que el día antes eran sus adversarios. ¿Quién ha hecho jamas tantas concesiones á la oposición? ¿Quién ha visto nunca tan repentino y completo cambio de conducta y posición? Por lo que á mi toca, señores, lo que el gabinete hizo entonces no ha querido nunca hacerlo; y no tengo reparo en recordarlo hoy á la Cámara, porque estoy seguro de que por no haberlo hecho nada he perdido en el aprecio de la antigua oposición. (Señales de aprobación en el lado izquierdo).

Pero, señores, no me basta esta respuesta por via de recriminación; la desprecio y voy al fondo de las cosas. Lo que pasa, y la situación en que me encuentro nada tiene de nuevo para mí, pues es lo mismo que he visto, y la situación en que nos hemos ballado mis amigos políticos y yo durante muchos años, bajo el régimen de la restauración, dentro fuera de esta Cámara; tambien entonces estuvimos separados por mucho tiempo de la oposición, y llegó un día en que nos aproximamos á ella, y obramos y hablamos de concierto. ¿Se creará por eso que ya no existian entre nosotros divergencias? No por cierto; pero queriamos dos cosas, dos cosas vitales, dominantes, el triunfo de los nuevos intereses creados en Francia por la revolución, y la realidad del gobierno representativo.

(Muy bien, muy bien).

Orábamos y hablabamos de concierto en aquella grande causa, nos ilustrabamos, nos sosteniamos mutuamente en aquellas grandes luchas, subordinando y aun sacrificando nuestras desavenencias á aquellos intereses superiores, como hombres sinceros y sensatos, y triunfamos, en común. Cuando digo estas palabras, sé que en el fondo de muchos corazones existe el pensamiento de que conseguimos hacer una revolución. Si, señores; y no digo esto para buscar la aprobación de ninguna fracción de la Cámara, sino con lo mas íntimo de mi corazón y de mi alma; conseguimos, á costa de una revolución, salvar el honor y los derechos de la Francia. (Muy bien.)

Señores: la revolución de julio nos ha ocasionado, muchas pruebas, muchos peligros; pero me creeria ingrato respecto á la providencia, me consideraria deshonrado si alguna vez cambiase de lenguaje y de opinion en este punto. Cualquiera que sea el peligro que nos haya acarreado, nos ha valido mucho mas que nos ha costado, porque nos ha salvado en lo presente, y será nuestra gloria en lo futuro. (Movimiento de aprobación)

Y el día siguiente al de la revolución, cuando se vió en peligro el orden, ¿le faltaron defensores? No: la coalicion de la víspera se los dió, y del seno de la oposición coligada salió ese partido de la resistencia de que yo no reniego, como no reniego de la revolución de julio; ese partido de la resistencia á que me glorio de haber concurrido, como concurrí á la revolución. Se puede muy bien, señores, y yo lo encuentro muy sencillo, atacar la política que se ha seguido desde 1830; se pueden hallar en ella muchas faltas, pero no ha tenido mas

que un objeto fundamental, el de salvar el gobierno de julio, y fundado este defenderle de sus enemigos con las fuerzas mismas del gobierno representativo. Este objeto se ha conseguido, pues en el día, sin que yo responda de las faltas que se hayan cometido, está fundado contra sus enemigos, y el gobierno representativo se ha desplegado en todo su vigor. Esta es la única cosa grande que ha hecho el partido de la resistencia.

Terminada la lucha y pasados los grandes peligros ¿que habia de desear? ¿Cual era el progreso que debiamos apetecer? Un progreso que naturalmente se ha manifestado. Mostrábanse dos grandes opiniones, ó para hablar el lenguaje parlamentario, formábanse dos grandes partidos; uno aplicado principalmente á defender, fundar y ejercer el poder público; el otro aplicado á defender, proteger las libertades públicas; un verdadero partido de gobierno ó partido conservador y un verdadero partido de oposicion ó partido reformador, ambos leales y sinceros, ambos acordados sobre las bases fundamentales de la sociedad, cosas y personas, carta y dinastía, si bien considerándolas cada uno desde un punto de vista diferente, y consagrándose cada cual á uno de los dos grandes intereses esenciales de la sociedad.

Pero, señores, ese es el estado regular y saludable del gobierno representativo, que tiene precisamente por objeto producir estas dos grandes opiniones, conducir las á pronunciarse claramente, á clasificarse con regularidad y franqueza, y á establecer el orden y la sinceridad, obligándolas á vigilarse é ilustrarse mutuamente en una honrosa lucha.

Continuará.

## EN LONDRES.

Habrá cosa de un año que asuntos de intereses me llamaron á Londres. Aproveché con gusto esta ocasion de conocer una capital tan vecina de Paris y siempre en rivalidad abierta con ella. Deseaba ver la fisonomía de esta nacion; deseaba estudiarla en ella misma, en sus casas, en sus costumbres. Habia te-

nido frecuentemente relaciones con algunos ingleses: habia leído como todo el mundo, muchos libros en que el caracter de este pueblo se encuentra pintado con colores parciales: no obstante, desembarqué en Londres sin estar dominada por ninguna preocupacion. Yo no tenia formada opinion alguna ni sobre el fisico ni sobre el moral de esta nacion: por manera que llegué á Inglaterra sin esperar que encontraria á todos los hombres de una corpulencia monstruosa, pasando el día en beber cerveza, mientras que sus mugeres se ocupan en verter agua hirviendo en las tederas y levantar piramides de rebanadas de pan con manteca. Esto me vino bien, porque apenas estaba en Londres fui convidada á una gran comida. Entre cosa de nueve hombres que se encontraban allí, uno solo tenia esa corpulencia que tanto se echa en cara á los ingleses. Es necesario tambien confesar que la poseia en un grado superior á todo lo que sobre el particular se ha dicho hasta el día.

Era realmente una enfermedad: sin embargo, el pobre hombre se reia de ello de buena fé: su médico que era de la comida le aconsejaba moderase su apetito. Oh! en cuanto á esto! decia Mr. Aldermenburgh, yo no puedo hacerlo! el sacrificio es demasiado grande, sobre todo en este momento que se ponen delante de mi tan magníficos platos, cuyo gigote tiene un perfume que me llena de gozo. Valiente hombre! presentó su plato al ama de la casa que se lo llenó casi enteramente, lo que no impidió á M. Aldermenburgh de añadir aun, un collar de papas; digna orlatura del cuadro. Silvaba, reia, queria hablar, pero no podia sino comer. Mientras que sus ojos codiciaban un enorme rosbif que Mme. Gardner trinchaba con la gracia de miss Primrose de Wakefield: tened cuidado miss Gardner, decia él, tened cuidado, vos no cortais la carne en el sentido que conviene, y esto es tan esencial! Ah! bien, añadió, así está mejor: habeis entendido. Yo temia que un año de permanencia en Francia os hubiese hecho adquirir las costumbres de los Franceses, que, sea dicho de paso, son muy malas. Por ejemplo lo creeriais caballero, dijo al que estaba á su lado, que estos Franceses creen hacer bifecks poniendo sobre las parrillas tajadas de vaca tan delgadas como papel? Pregunto, ¿como podia esto ser sustancioso y tener un gusto sabroso? tanto valdria hacer de ellas polaynas de caza.

— Por lo que veo, ¿ha estado Vd. en Francia? M. Aldermenburgh, preguntó uno de los convidados.

— Yo? ¡esclamó el gran tragon, no ciertamente. Una vez sin embargo tuve este deseo: tenia todo preparado para mi viage, cuando una casualidad de que me felicito, me condujo á Richemond y á la misma posada que una familia francesa, Comiamos reunidos. Daba compasion de verles comer! El marido estaba satisfecho tan pronto como un pájaro: él picoteaba: y la muger! á la verdad, para ella la comida era una conversacion: no nos oiamos comer. Ella hablaba sin descanso: sobre los bailes, las modas, el espectáculo.... Por estos franceses juzgué el resto de la Francia. Los habitantes me daban á conocer el país. Volví lo mas pronto posible á casa, y ordené á mi criado que desembalase todo, bien decidido á no ir jamás á un país en donde se ponen á la mesa para no comer.

El que estaba al lado de M. Aldermenburgh le habló en voz baja. Entonces el hombre gordo que se hubiera ruborizado si no tuviese color de púrpura, exclamó: Verdaderamente! lo habia olvidado. Perdon Señora, me dijo, espero que me dispensareis: yo soy, como veis, un hombre enteramente estérico, y sin embargo de mis sesenta años, tengo necesidad de un Mentor para que me impidiese hablar con tanto aturdimiento: á la verdad, he sentido en el alma haber hablado así de vuestro país, realmente, Señora, estoy afligido, habria hecho mejor en comer: este es un castigo. Entonces añadió: ya veis Señora, que es monstruoso que un país civilizado, en un país tan vecino de la Inglaterra, no se sepa aun que la carne pierde todo su gusto esponiéndola delgada al calor del fuego.

M. Aldermenburgh continuó emitiendo en forma de excusa sus opiniones contra la nacion francesa: todas ellas eran al poco más ó menos tan graves como la de las bifecks.

Yo hubiera podido á mi vez desquitarme, clamando contra la cocina inglesa: encontraba todo detestable. Lo confieso, no puedo soportar esas grandes pajas que nadan en una salsa blanca, insulsas y rodeadas de otras cocidas; esas legumbres picadas y hervidas en agua con un poco de sal.

En vano recurria yo á un gran porta-vinageras de plata labrada que se encuentra en la mesa de todos los ingleses acomodados, y en que están las salsas hechas del todo:

¿de que? no sé, pero si sé que me parecieron pesimas. No es el pisto negro, es el pisto de todos colores. Felizmente un soberbio plum-pud-  
ding se presentó: este plato ingles me pidió favor por la cocina inglesa. Estuvimos mucho tiempo en la mesa y sin embargo, cuando fué dada la señal que indicaba que la comida habia concluido, M. Aldermenburgh se admiró en alto grado. Al dirigirse con trabajo acia la sala decia entre dientes:— Mistrif Gardner imita en todo á los franceses, esto es deplorable: adios nuestra bella nacionalidad.

Una hora despues fué servido el té que es delicioso en Inglaterra: es lástima que un poco de franca alegría no venga á animar estas reuniones, que nos recordarian las cenas de la antigua Francia; pero en Inglaterra, debo decirlo, todo está tan bien previsto para lo *confortable*, eada uno piensa tanto en que todo sea decente, la reserva de los damas inglesas es tan grande, que es raro que el fastidio no sea mortal en el que está acostumbrado á vivir en medio de gentes que sacrifican con gusto el decto á un chiste de buen tono. A pesar de todos los elementos de *spleen* que encontré en ura sociedad inglesa, no fui acometida de esta enfermedad, gracias á mi costumbre de observar; yo hacia allí un papel casi mudo, miraba, escuchaba.

La sociedad en que me encontraba no pertenecia á la aristocracia inglesa: los amos de la casa eran ricos comerciantes retirados de los negocios. Madama Garduer habia viajado mucho, pero ciertamente no tenia la tacha que le echaba en cara M. Aldermenburgh: habia permanecido inglesa, enteramente inglesa, en maneras, en vestido. Esta Señora tenia seis hijas y cinco hijos. Cuando me los presentó la felicité admirandome mucho de la cantidad; mi admiracion llamó la suya; me aseguró que este número no tenia nada de extraordinario para su pais. No tardé en convencerme de ello: muchas señoras llegaron acompañadas de una parte de su familia, es decir con seis de sus hijos á lo menos.

Habia en esta reunion muchas señoritas de 16 á 20 años; habrian sido bonitas si algunos ligeros rasgos de vivacidad hubieran animado sus jóvenes semblantes; mas ellas permanecian derechas, los ojos casi siempre bajos, tomando con mucha gravedad su taza de té.

Yo sufría de verlas así: la sonrisa tambiea á los que son jóvenes es el sosobrel las flores.

Pasé un mes en Londres. En todas las sociedades que vi, encontré siempre como esta noche, mugeres estiradas, jóvenes con el cuello y los brazos desnudos. No pude menos de ver en esta manera de vestir una falta de respeto hacia la flaqueza y las pieles negras. ¡Que falsa idea pensar que todas las inglesas son blancas y rosadas! Londres encierra casi tantas mugeres morenas como Paris.

¿Que quereis que observe en vuestros compatriotas? Decia yo á verdaderos amigos que iba á ver con frecuencia; era una familia inglesa que habia vivido mucho tiempo en Francia, en ella encontré esa reserva que es de mi gusto, enteramente despojada de exageracion. Muchas veces exclamaba: seria una perfeccion nacer en Inglaterra y ser educada en Francia á la vista de una madre inglesa; porque las madres inglesas no aceptan ningun pretexto que pueda separarlas de sus hijos. Es raro que la madre de familia cualquiera que sea su posicion, sea llamada á ocuparse de otra cosa que de la educacion de sus hijos: las madres en Inglaterra comprenden el valor de este bello título.

(Continuará)

### LA CITA DEL CONVENTO.

Tamen vides non credas illud.

La capital de Aragonstan célebre por su antigüedad, como heroica por sus gloriosos y recientes hechos de armas, ocupa un sitio elevado en la historia y merece contarse entre las ciudades mas distinguidas de la Europa. Zaragoza: su nombre basta para que el historiador se eleve recordando los felices tiempos de César Augusto, y las ruinas del templo de Flora; que el pintor quede estático á la vista de los famosos cuadros que aun existen en algunos edificios sagrados, memoria solo de la lucida escuela aragonesa, y que los artistas, en fin, á la presencia de algunos monumentos de ella célebre capital envidien y alaben la esmerada construcción de las diferentes partes de que se componen. Esta ilustre ciudad, sembrada con los vestigios de los romanos, y salpicada con mas de setenta edificios consagrados al culto divino, cuenta entre sus bellezas eierto monumento religioso, testigo de un hecho notable, ignorado de muchos, y guardado en silencio por todos, cu-

ya descripcion me propongo hacer.

Dos jóvenes amigos y paisanos, cursaban los primeros años de la carrera literaria en la Universidad mas famosa de nuestra España. Unidos por mil conceptos y relaciones, queridos y prendados el uno del otro como dos amantes que se profesan el mas tierno cariño, habitaban un cuarto arreglado á su clase y circunstancias, donde pasaban, con mil distinciones por su talento y esmerada aplicacion, (causa de algunos envidiosos) la época mas feliz de su juventud, pensando solo en recoger el fruto de tan penosas tareas.

Genaro de C. y Luis B. eran los nombres de estos dos jóvenes, cuya amistad cada dia mas íntima é indisoluble no permitia la mas ligera sombra de su mútua separacion. Una mañana de primavera, al concluir el estudio de su conferencia, tomó el manteo y salió con pretexto de pasear, el jóven Genaro, á quien no pudo seguir su condiscipulo por un aviso importante que aguardaba á las doce doce y media. Marchose en efecto mi jóven, alucinado por entre mil cruceros de arroyuelos, contemplando la naturaleza al derramar sus rayos el sol sobre la diversidad de flores, haciendo verter de sus calizes el nocturno rocío al trasluz de sus preciosos y variados matices.

Son las dos y media, hora bastante avanzada para un estudiante aplicado: en vano aguarda Luis á su compañero para marchar á la Universidad, cuya entrada se acerca por instantes; en vano recorre, persuadido de algun suceso fatal, las cercanias de la poblacion, á cuantos ve pregunta, en todas partes penetra en busca de su estimado amigo: todo es inútil, no le encuentra, ni es posible que le halle, porque desapareció de los campos de Salamanca y marcha á paso precipitado hacia pais mas lejano.

Triste y desconsolado mi noble Luis, aguardaba el momento de ver á su compañero y aun no dudaba de volverle á tener pronto delante de su presencia. El tiempo mismo fué su mayor desengaño, pasaban semanas y meses y pasó un año, año de pesar para el sensible corazón de Luis, que recordando siempre la pérdida de su caro amigo no descansaba, y casi le era imposible permanecer por mas tiempo en una poblacion cuyas inmediaciones le recordaban continuamente la pérdida del mas fiel de sus semejantes. Preciso le fué concluir en aquella Universidad el tercer año de leyes

que habia comenzado: pero no pudo sufrir mas, y al dia siguiente de su conclusion se despidió de sus maestros y compañeros, y marchó en direccion de la invicta Zaragoza: camino que se le hizo tanto mas penoso, cuanto que en la soledad de los campos recordaba con mas frecuencia la memoria de su amigo y paisano, diciéndose á sí mismo: «Genaro, si tu me acompañaras cuán dichosos caminariamos y cuán alegres.»

Llegó á Zaragoza en cuya Universidad comenzó lo restante de sus tareas, y bien por efecto del tiempo trascurrido, ó por la variedad de poblacion, estaba mi jóven algun tanto mas distraido de aquel acerbo suceso; aunque no le era posible recordarlo sin exaltarse y aun verter lágrimas por su memoria. Sensible le era perder la esperanza de ver á su apasionado; sin embargo, no podia prescindir de hacer aquellas cosas regulares para el buen estado de su salud, á cuyo fin paseaba á solas y en alamedas retiradas alguna tarde, y á la sombra de los árboles reproducia la memoria de su amigo y la soledad en que por su pérdida se ha llevado.

La entrada de un regimiento de caballeria de línea que reforzaba la guarnicion, hizo que la tarde de su llegada fuese á verle y con esta ocasion distraerse de su pesar. Este dia despues de comer, y pasadas las horas del calor vistiose, y por entre la multitud que se precipitaba á ver la primer formacion de tan brillante regimiento, se introdujo hasta llegar á la plaza, donde formados los escuadrones se percibian entre murmullos del pueblo las imponentes voces de mando.

Concluyose esta ceremonia, la tropa marchó en direccion de sus cuarteles, y mi jóven á paso lento se encaminó hácia su casa distraido con los chistes de los soldados andaluces á su primera entrada en una poblacion. Cuando mas entretenido estaba observando el uniforme, el casco y presencia militar de aquellos campeones, oyó un ruido de espuelas y hebiéndose, y se vió abrazado por un oficial, que con el mas cordial afecto le estrechaba entre sus brazos. No conoció al pronto las facciones que bajo las viseras de un dorado casco sombreaban su color empañado por los rayos del sol; pero cual fue su sorpresa cuando despues de fijar la atencion en su fisonomia reconoció el semblante de su inolvidable Genaro.

Imposible es imaginar la conmo-

cion que recibió mi escolástico en este momento: solo tiene comparacion con la de un padre cuando vuelve á ver á un hijo querido despues de una larga ausencia. Que de ternezas y cariñosas quejas se reprodujeron despues de tan afectuosa escena. Toda su antigua amistad volvió á sus pasadas épocas con mas vehemencia, efecto de su larga separacion.

Retiraronse á casa despues de practicadas las diligencias precisas del servicio, en donde le esperaba la mesa y dormitorio que de antemano mandó preparar mi buen estudiante para el recibimiento de su antiguo amigo. De todo se sirvieron y á la mañana siguiente manifestó el nuevo hiesped á su compañero la imposibilidad de vivir juntos como antes, á causa de los diferentes ejercicios de su destino: proposicion que negó Luis por unos dias, hasta que convencido por la razon y la experiencia no pudo menos de acceder á las súplicas del caballero oficial. Mudose este á una casa inmediata; y pasaban juntos todo el tiempo que les permitian las ocupaciones de cada uno.

Asi permanecian mis dos héroes hasta que trascurridos mas de dos meses, al retirarse el jóven Genaro hácia su casa con objeto de comer y descansar de sus tareas pasó por la espalda de un edificio hermoso, dedicado entonces para sostén de quince ó veinte religiosas, que dedicadas al culto divino, consumian en su postrer, y otras su juvenil edad, fue avisado por una voz que sin explicar su nombre, llamaba demasiado la atencion de este jóven sencillo y curioso. Quiso indagar el sitio de donde salia esta seña, y quien la prorrumplia, cuando á pocos momentos vió una celosía, y por sus rendijas divisó un bulto blanco casi inmovil: fijó en él su atencion y á poco observó que el objeto se acercaba y llamaba en términos mas claros á mi oficial, que armado de espada, casco y bota de montar, manifestaba la curiosidad mas estremada. Se acerca á la misma retraido por mil señas amorosas, y descubre que quien lo llamaba no era otra cosa que una monja de semblante seductor, airoso talle, y una edad bastante juvenil. Saludáronse, y la religiosa dijo: «Caballero oficial, esta noche despues de maitines, que serán las doce y média, os espero en este mismo sitio, decidme claramente si me prometeis venir, pues á la hora marcada os necesito; decidios y no dudeis: os aguardo.» Si, os lo prometo. «Tomad

(quitándose un anillo de sus dedos) tomad este recuerdo y no hagais falta.» Veremos cual es el mas exacto, y marchad antes que os vean.» Despidiéronse hasta la noche, y mi oficial tomó la direccion que antes llevaba, bastante sobresaltado con la hermosura que encerraba aquel convento, y deseoso de que llegase el instante en que la cita, que habia comprometido, tuviese su cumplimiento.

Llegó á casa muy pensativo, y marchó á imponer de aquel suceso á su inolvidable Luis, quien despues de darle mil bromas, le dijo: «Vamos ahora á pasear, y despues del teatro descubriremos ese arcano que tan favorable te se presenta.» Asi lo hicieron, y al acercarse á la solitaria espalda del convento donde iba á tener efecto aquella cita amorosa y tierna, al parecer del oficial, observaron en la ventana convenida, y al resplandor de una pequeña lámpara el bulto blanco; objeto de aquella cita.

Una vez que á ti te ha emplazado esa jóven, adelantate que yo aquí espero, porque me parece mal hacerme el convidado y sufrir algun desaire de la hermosura que te aguarda. Esta advertencia hizo Luis y al punto marchó mi oficial á la rejia, y despues de una breve conversacion abriose una pequeña puerta por donde se ocultó el jóven; la luz desapareció, los cristales y puertas se cerraron, y Luis parado en una esquina esperaba ver salir á su compañero. Mas de una hora habia trascurrido cuando vió por segunda vez abrirse la misma puerta, y salir por su pórtico al militar que esperaba. Se incorporaron y á poco advirtió mi Luis en el semblante de su amigo cierto aire de susto y sobresalto que parecia ocultar algun suceso extraño. *Continuará.*

## TEATRO.

Hoy Lunes 11 del corriente ejecutará la compañía cómica el drama en cinco actos del Duque de Rivas titulado

**D. ÁLVARO**

**LA FUERZA DEL SINO.**

Intermedio de baile, y terminará la funcion con un divertido saynete.

Editor responsable P. M. RAMÍREZ  
Imprenta de EL ATLANTE.